

lealtad y pujanza de sus asalariados Berberiscos, y aquel mismo Azazil, que fingiendo la voz del ángel Gabriel había dictado el Korán á Mahoma, tomando ahora el acostumbrado disfraz, murmuró suavemente al oído de Abde-r-rahmán El-Dakhel estas palabras:

—¿Es posible, descendiente de Merwán, que tan fácilmente hayas perdido de vista el objeto con que el omnipotente Allah te salvó por mi mano del sangriento banquete en que fueron traidoramente inmolados tus parientes (1)? Ya has olvidado sin duda aquel beneficio: yo te lo recordaré. Cuando después de la usurpación de As-Seffáh acudías diligente al llamamiento del pérfido Addullah Ibn Alí, gobernador de Palestina, fiado en la falsa promesa de paz y de perdón con que fueron engañados tantos Omeyas, un ángel, revistiendo la forma de un amigo tuyo, te salió al camino y te dijo: — «Obedéceme hoy, y en el día del juicio hazme el cargo que quieras. Huye, huye de aquí: marcha al Occidente, donde te espera un reino: el convite de As-Seffáh es una traición para aniquilar de un solo golpe á toda tu familia.» Ese ángel era yo. «¿Qué será de mí siguiendo tu consejo?» me dijiste. —Entonces te hice descubrir la espalda buscando en ella la señal que para reconocerte me había dado tu tío Moslemah, el sabio versado en el *libro de los sucesos fu-*

(1) Conocido es de todos el trágico fin de los Omeyas en Oriente: los vengativos Abassides con un falso seguro reunieron en un banquete á noventa de aquellos, los mandaron azotar hasta que cayeron desfallecidos en el suelo, hicieron extender los estrados sobre ellos, y comieron sobre aquellas alfombras oyendo los gemidos de sus víctimas hasta que espiraron. El citado Al-Makkari, copiando á otros historiadores árabes, hace un curiosísimo relato del modo maravilloso cómo esquivó la muerte el fundador del Califato de Occidente, burlando las pesquisas de los emisarios de As-Seffáh, atravesando á nado el Eufrates con su hijo, y llegando á la costa de África, donde la profecía de un astrólogo judío, que determinó su nombre y sus señas personales, fué causa á un mismo tiempo de que el gobernador Ibn Habib intentase matarle, y de que el descendiente de Merwán se salvase. El Sr. Gayangos en sus apéndices al tomo 2.º extracta de otra obra histórica una tradición novelesca y entretenida sobre el motivo que movió á Abde-r-rahmán á desconfiar de las falsas promesas de paz de los de la bandera negra, y de esta hemos tomado pié para escribir lo que sigue, si bien suponiendo que el amigo que le sale al camino al futuro rey de Andalucía es el mismo ángel Azazil.

*turos*; mal podía yo engañarme; ví en efecto el gran lunar negro que matiza tu cuerpo, y te repetí: «¡huye, huye! vete al Occidente, donde te aguarda el reino de Andalucía: yo te acompañaré parte del camino: veinte mil dineros traigo para ti de orden de Moslemah: tómalos, y sígueme pronto.» La profecía del *Kitabu-l-hodthán* se ha cumplido; pero no te condujo Allah al Occidente, para darte de por vida estériles conquistas. ¿Qué has hecho para asegurar á tu posteridad este nuevo imperio? ¿Qué podrán prometerse tus sucesores si decae la fe de los musulmes? ¿Te imaginas por ventura cumplido tu destino dejándote morir sepultado en el harem de tu Ruzafa sin haber dado á los andaluces una aljama digna en la corte de tu reino? No en vano, hijo de Moavia, mecían las feris tu cuna en los verjeles del Forat aquel año en que otro caudillo islamita de tu mismo nombre era derrotado en tierra de Afranc (1) por un rey de nazarenos. Medio siglo no ha transcurrido desde aquel ultraje y has visto al nieto de ese mismo rey, al emperador más grande de las gélidas regiones de algufia (2), amedrentarse al rumor de tus victorias, perder la color al asomar allende el Ebro tus campeadores, y solicitar tu amistad ofreciéndose á emparentar contigo. Pero entre el Islam y la Cruz la alianza es imposible, porque es preciso que el Occidente se prosterne bajo la ley del Profeta. Mira cómo por todas partes erigen templos á sus ídolos los sectarios de Jesús: sus reyes desaffan tu poder fundando en sus estados basílicas y monasterios. Con ellos dan pábulo á su falsa religión y aumentan el número de los ilusos cenobitas que huyen los placeres y se imaginan hallar la felicidad en el propio sacrificio. No les bastan ya á los infieles los templos de ricos mármoles y vistosas pinturas de los vencidos godos, cuya mentida santidad ha seducido á los incultos bárbaros: á las fundaciones de Sisebut, Chindaswinto, Wamba, y

(1) Tierra de Afranc, Francia. Es el nombre que se le da en la historia de Conde.

(2) Algufia, la parte del norte. Idem.

de los activos pastores del descarriado rebaño de Cristo, agregan hoy nuevas fundaciones los tenaces hijos de Pelayo (1): el mismo impulso da la Iglesia en Afranc, en Italia, en Alemania á los sucesores de Carlos Martel, y el infatigable Carlomagno, que ya se contempla emperador de Occidente con afrenta tuya y de tu raza predestinada, presume levantar en la sombría Aquisgram un gigantesco domo revestido de pinturas y mosaicos (2) que rivalice con el que erigió Justiniano sobre el azulado espejo del Bósforo. Los infieles, que trabajan afanosos por cubrir la tierra de cruces, van extendiendo la colmena de la Iglesia; y, como las abejas á la floresta, acuden en tropel á Bizancio en busca de nuevas artes y fascinadoras invenciones. Antes que los domos de mosaico y las refulgentes manzanas de oro que intentan erigir los del Rhin cautiven el corazón de los pobladores de España, apresúrate á desplegar ante sus ojos el lujo seductor del Oriente; erige un santuario en que reunas á la disposición perfecta que prescribe la *Sunnah*, toda la belleza que la exaltada imaginación de tus árabes sea capaz de concebir, auxiliada de las más exquisitas formas del arte asiático, y una riqueza tal que cause maravilla á los infieles españoles, no familiarizados aún con las galas del imperio griego (3). Carlomagno echará mano para su construcción de las

(1) Las fundaciones de templos y monasterios cuya memoria nos han legado tantos respetables y diligentísimos escritores de nuestras antigüedades y de las cosas de la Iglesia desde los primeros historiadores de la monarquía restaurada como el monje de Albelda y el obispo D. Sebastián, justifican sobradamente nuestra suposición.

(2) Véase en Batissier *Histoire de l'art monumental*, la descripción de la suntuosa basilica de Aquisgram erigida en el siglo VIII por Carlomagno.

(3) Aunque los imperiales habían dominado bajo Justiniano en las costas meridionales de España, cedidas por Atanagildo en recompensa de los auxilios recibidos de Constantinopla durante su contienda con Agila, la influencia de sus prácticas en la arquitectura visigoda debió ser muy escasa, porque además de que sus establecimientos fueron principalmente marítimos, y se extendieron sólo desde Alicante á Gibraltar, no duraron más que 63 años, desde el 552 en que tuvo que hacer la entrega Atanagildo, hasta el 615 en que recobró la tierra Sisébuto, según se colige de S. Isidoro, *Hist. Gothorum*. No existen los comprobantes de la introducción del gusto bizantino en la monarquía de Asturias y León antes de la

columnas y esculturas de los edificios de Roma y de Ravena (1): tú tienes para la tuya los suntuosos monumentos antiguos de Mérida, Itálica, Tarragona, Narbona y otras ciudades grandes. Dedicar al santo libro de Othmán una maravilla que haga acudir los cristianos convertidos á su recinto como las bandadas de palomas á los alminares, y que desde sus mimbares se reparta á esos incultos sectarios del Évangelio, obstinados en la mortificación de los sentidos, el grano fecundo de la *Sunnah* (2), abriendo sus almas de hierro á las inefables delicias que promete á los fieles la única religión verdadera. Este obsequio debes á la misión civilizadora que te trajo á Andalucía, porque no fué tu destino el de conquistador solamente, sino también el de propagador del Islamismo: la Meka gime cautiva bajo el yugo de hierro de los usurpadores, y el alhige (3) á la Caaba es peligroso para tu autoridad: Allah consiente en favor tuyo la relajación de aquel precepto, y el Profeta verá gozoso desde su etéreo trono que para preservar á tus súbditos del contagio de los pérfidos *Schiitas* sustituyes á la trabajosa peregrinación

época en que se fundó el califato de Córdoba; es sin embargo posible que el trato y comunicación de nuestros monarcas con los franceses de las dos dinastías Merovingia y Carlovingia favoreciese algún tanto la inoculación de ciertos rasgos de la ornamentación neogriega en la severa arquitectura asturiana.

(1) *Ad cujus sculpturam, quum columnas et marmora aliunde habere non posset, e Roma et Ravenna descendere curavit.* (Script. Rer. Franc., t. 5.)

(2) *Sunnah* equivale á tradición. Había entre los musulmanes dos famosas sectas, los *Sunnitas* y los *Schiitas*. Los primeros reconocían como sucesores legítimos de Mahoma á los tres Califas Abu-Beckr, Omar y Othmán, al paso que los segundos sostenían que habían sido usurpadores de una soberanía que sólo pertenecía de derecho á Alí, primo del Profeta, y á quien éste llamaba su hermano. Los *Schiitas*, pues, son los sectarios de Alí, y ambas sectas se trataban con inaudito encono, los de Alí fulminando imprecaciones contra los usurpadores de la sagrada herencia, y los *Sunnitas* escribiendo en el libro de la tradición: «es más grata á Dios la muerte de un *Schiita* que la de 36 Cristianos.»

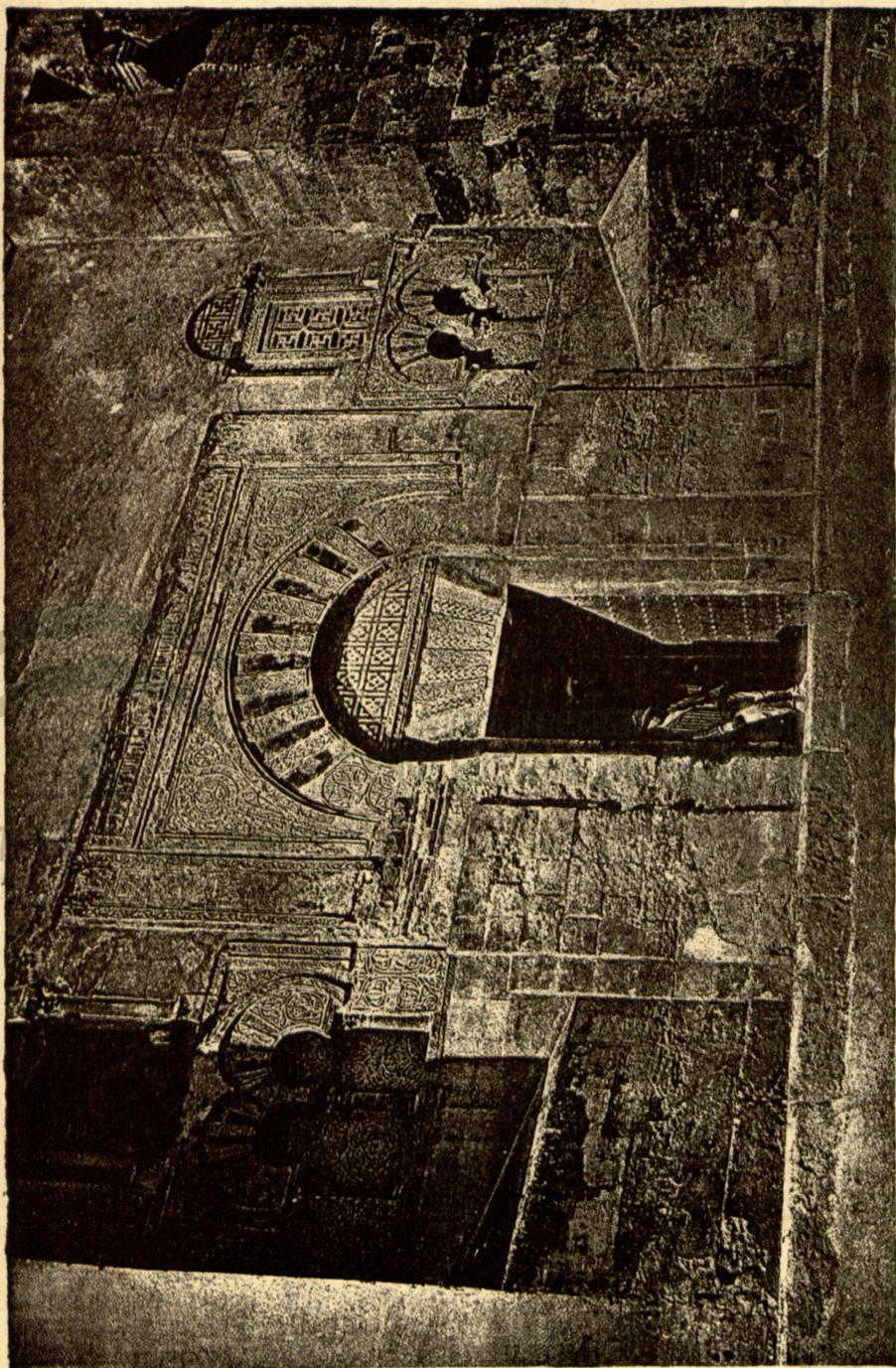
(3) Así llaman los árabes á la peregrinación santa, viaje forzoso á la Caaba de la Meka, que es uno de los cuatro preceptos impuestos por el *dim*, ó práctica de la ley del Korán, y que todo muslim tiene que cumplir una vez al menos en su vida. «Esta peregrinación, dice Mahoma, y el sacrificio de las víctimas, son un testimonio de sumisión á la voluntad de Dios que los ha prescrito y de fidelidad al Profeta que los ha consumado para ejemplo de todos, además una expiación de los pecados y el camino para conseguir el cielo.»

impuesta á los de Oriente, la visita á un nuevo santuario, á la casa cuadrada de Abraham una suntuosa aljama, y á la piedra negra de Gabriel (1) una copia del libro santo que le fué enviado del cielo en la mística noche del Al-Kadar (2). ¡Ánimo, pues, hijo de Moavia! Acompañe al descanso de las espadas la obra de la predicación; suceda al tráfago de la guerra y al clamor de los combates la agitación pacífica de los ingenios; enmudezcan en buen hora los atabales, pero óigase por doquiera el rumor de la gente consagrada al trabajo de la palanca, de la fragua, del cincel y del martillo: para el grandioso objeto á que eres llamado, Allah te permite también explorar y remover las secretas entrañas de los montes: haz abrir las canteras de la vecina sierra, haz amasar la tierra regada con la sangre de los infieles y rebeldes, haz cortar los árboles de los bosques en que fueron clavados los caudillos traidores; yo te inspiraré la forma que has de ordenar para la Caaba del Occidente, y cuando ya la tengas erigida, la poderosa voz de los lectores y alkhathibes (3) arrullará

(1) Refiere la tradición que cuando reconciliados Abraham y su hijo Ismael construían la Caaba de la Meka, faltándoles los andamios para levantar las paredes, el ángel Gabriel les trajo una larga piedra que se sostenía en el aire sin apoyo alguno, subiendo ó bajando á voluntad de los arquitectos. Esta piedra era un jacinto blanco, mas habiéndola tocado después una mujer en estado impuro, se volvió negra. Siendo Mahoma mancebo, el prestigio de su santidad hizo que los Coreixíes reservasen para él el honor de colocar esta famosa piedra negra cuando quisieron construir de nuevo la Caaba ó casa de Dios con mayor magnificencia. Á la piedra negra de la Caaba se refieren desde los postreros días de la vida del Profeta una porción de ritos y ceremonias que pueden verse prolijamente detalladas en las eruditas notas de Gagnier, edición de Abulfedá, pág. 130, copiando la interesante relación de Gjaber, hijo de Abdallah, testigo presencial de la última visita de Mahoma á la casa de Dios.

(2) La noche de *Al-Kadar*, ó noche del *Decreto de Dios*, es aquella en que Mahoma supuso haber recibido el Korán. Tomando consigo unos cuantos de sus fieles adeptos, se retiró una noche el Profeta al monte Hera; no bien llegó al medio de la montaña, apareciósele Gabriel. Tenía en la mano el Korán, libro guardado en el séptimo cielo en la mesa del Altísimo, y que al descender á la tierra había sido recogido por el arcángel. «Lee aquí, dijo Gabriel á Mahoma.—No sé leer, respondió el Coreixi.» Entonces el ángel le asió del cabello y le derribó tres veces de cara contra el suelo: á la tercera ya Mahoma sabía leer, y oyó una voz celestial que repetía: «Mahoma, tú eres el apóstol de Dios, ¡y yo soy Gabriel!» Quedó el Profeta abismado en su contemplación y desapareció el ángel. (Véase Abulfedá, edición de Gagnier.)

(3) *Alkhatib* equivale á predicador.



PUERTA DE ORIENTE DE LA MEZQUITA

JUNTA

Generalife

el sueño de los leones africanos, y el armonioso concierto de los almuedanes (1) lanzado á los cuatro vientos desde el enhiesto alminar, hará enmudecer cinco veces cada día el importuno clamor de las campanas de Cristo (2). «Dios es grande. No hay más Dios que Dios. Mahoma es su Profeta. Venid á orar; venid á adorarle. ¡Dios es grande, Dios es único!» entonarán con acordadas voces, y yo encomendaré á las auras la propagación del sagrado llamamiento. Tú quizás no llegarás á ver la santa obra terminada, pero la verá tu amado Hixem, en quien sobrevivirán tu esfuerzo y tus virtudes; y cuando Allah fuere servido llamarte á juicio, pondré yo en la balanza de tus buenas obras tu piadosa fundación, por sus méritos pasarás el Sirath como relámpago apenas visto (3), y llegarás feliz y triunfante al jardín de los eternos placeres, donde te saldrán á recibir los setenta almalekes encargados por Allah de darte la posesión de sus ansiadas promesas (4).

(1). Sabido es que las mezquitas no tienen campanas: los *Almuedanes* llaman á la oración á los fieles desde los terrados ó galerías de los alminares, y esto se repite cinco veces cada día. Las oraciones ó azalas son: *Azohbi*, la del alba; *Adohar*, la del mediodía; *Alasar*, la de la tarde; *Almagrib*, la del sol poniente; y *Alatema*, la del anochecer.

(2) Las campanas empezaron á usarse en las basílicas cristianas desde el siglo v, aunque los primeros campanarios aislados no datan sino desde el siglo viii ó ix. (Véase Peyré, *Manuel d'architecture religieuse au moyen-âge*. París, 1848.)

(3) «Pasarán las almas, dice el Korán, por un puente llamado el *Sirath*, más sutil que un cabello, más cortante que el filo de una espada: los justos lo atravesarán con la rapidez del relámpago; los malos titubearán y caerán en el infierno abierto bajo sus piés.»

(4) Este nombre de *almalekes* se conserva en los escritos de mística árabe-hispana ó *aljamiados* para designar á los ángeles encargados por Dios de recibir á su entrada en el cielo á las almas de los justos. Según las promesas del falso Profeta, el Paraíso es el jardín de los placeres (*gennat al na'im*), y en él concede á sus elegidos cuántos deleites materiales y carnales puede concebir la voluptuosa imaginación del pobre beduino del desierto, exaltada por las privaciones de su vida nómada. En el Paraíso corren ríos de leche, de miel, y de un vino que se puede beber sin embriagarse; en él crecen árboles cuyos ramajes brindan á placer con dátiles, uvas y granadas de sabor exquisito. En aquella encantada morada el suelo es de azafrán, el empedrado de perlas y jacintos. Al presentarse en ella el fiel creyente, ofrécese á su servicio diligentes mancebbs de sorprendente hermosura, y uno de ellos le conduce las *hijas del Paraíso*, criaturas etéreas á cuyo solo nombre se extasia el fervido muslim. Estas vírgenes incomparables no fueron formadas de

Estas palabras de Azazil avivan en el pecho del Coreixí la amortiguada llama del entusiasmo: hierve de nuevo en sus turgentes venas la sangre del impetuoso Merwán, y al pensar en las delicias del *Genna* (1), en la deleitosa sombra del granado inmortal plantado cabe el trono invisible del Eterno, en los cuatro místicos ríos que brotan de su pié, y en las hurís etéreas nacidas de sus incomparables frutos (2); al recordar que su muerte está tal vez próxima y que sólo le falta emprender aquella grande obra para asegurarse la posesión del Paraíso y el dón de la perpetua juventud en brazos de aquellas encantadoras vírgenes, sacude el letargo y la tristeza, y resuelve inmediatamente seguir la inspiración del ángel que ha hablado á su oído.

barro como las criaturas mortales, sino del más puro almizcle, y están exentas de todas las imperfecciones propias de su sexo: su modestia es sin igual, y en palanquines de una sola perla se recatan de las miradas profanas. Cada elegido tendrá 72 de estas divinas criaturas, las cuales se disputarán sus caricias y le darán largos días de amorosa embriaguez al són de los acordes del ángel Israfil y de las campanas del Paraíso. Allí hay placeres para todos los sentidos: trescientos platos diversos para cada comida, con trescientas especies distintas de licores en trescientas copas de oro y pedrería; rozagantes vestiduras de seda y de brocado, perfumes de suavidad desconocida en la tierra, y por último una perpetua juventud.

Hemos tenido ocasión de copiar en la Biblioteca real de París un curioso M. S. aljamiado, señalado con el núm. 290, que prescribe cierta oración de mucha virtud contra el demonio en la hora de la muerte, la manera de leerla y la colocación que ha de dársele cuando uno muere. Este documento, en que se retratan las supersticiosas prácticas de una religión gastada y sin vida, cual era la de los Mahometanos andaluces en el siglo xvi, hace mención de los Almalekes ó ángeles mancebos que reciben en el *Genna* las almas de los justos. «Quien leyra esta carta, dice, arredrarlo há Allah del fuego, e cuando entrará en la fuesa apercurarle há Allah setenta Almalekes que le escusarán su razon: e non será guerreado de Munkar Uanakir en la fuesa, nin será avergonzado cuando le demandarán cuenta. Sea escripta esta rogaría en papel ó pergamino limpio, e séale puesta debajo de su cabeza en su fuesa, e será dicho: duerme como duerme el novio cuando se casa, que no hay sobre tí miedo ni tristeza: é no salirá su *arrüh* (su alma) de su cuerpo fasta que vea su lugar en la *Genna*. E vestirlo han setenta Almalekes apercuradores con él, y vernan con atabales de la *Genna* y presentes, y albriciarlo han. E cuando salirá el día del juicio, salirá con su carta á su man derecha, y su cara como luna de catorce noches, y su claridad andará entre sus manos, etc.»

(1) *Genna*, Paraíso. Véase la nota precedente.

(2) La descripción mística de los siete cielos, cuyas maravillas fueron reveladas al Profeta en su viaje nocturno sobre el Borak, puede leerse en la *Exposición de la fe musulmana* de Mohammed Ben Pir Alí, traducida últimamente al francés por M. Garcin de Tassy.

Era la hora de *adohar* (1), y Abde-r-rahmán, que á pesar de su edad avanzada solía dejar el blando lecho al alba para recrearse con sus favoritos en la caza de aves, no había aún salido de su apartamento. Cinco horas hacía que sus halconeros le esperaban con los caballos y los perros en el límite de la Ruzafa, cuando les despachó por uno de sus esclavos la orden de retirarse. Mandó á su eunuco Mansur, hagib á la sazón por muerte de Abde-r-rahmán Ibn Mugheyth, que convocase á los jeques de su consejo (2) y á los secretarios de su mayor confianza, y después de referirles la sugestión que aquella mañana le había ocupado, les habló así en tono inspirado y solemne:

« Dos gigantes aspiran á dominar el mundo; el tercero que rivalizaba con ellos, no lleva en sus entrañas corazón ni culto (3). El dragón imperial que había trabado alianza con la Cruz (4) está herido de muerte. ¿Quién dudará de la victoria del león del desierto?

» El cristiano idólatra dice: Europa es la reina, Asia su sir-

(1) Véase la nota 1.ª de la pág. 60.

(2) Abde-r-rahmán I no tenía, propiamente hablando, wizes que administrasen el Estado en su nombre: sólo tenía cierto número de jeques que tomaban asiento en su consejo y le auxiliaban con su experiencia y sabiduría. También concedió asiento en el consejo á algunos de sus secretarios ó *Catibes*, como sucedió con Umeyyah Ibn Yezid, *mauli* ó favorito de Moavia Ibn Merwán, su próximo pariente. (Véase Al-Makkari, libro VI, cap: II, traducción inglesa de Gayangos arriba citada.)

(3) Este gigante sin corazón ni culto es la China: sabido es que en ella no ha prevalecido jamás de una manera constante religión alguna. La dinastía de los *Thang*, que había puesto la China á la cabeza del Asia degenerada, tocaba en la época de que vamos hablando, al término de su poderío. La excesiva tolerancia, ó por mejor decir, la exclusión de toda religión dominante en el Estado, producía su fruto, y el Asia central volvía al indiferentismo filosófico que desde Confucio la venía incapacitando para todo progreso moral y político.

(4) Alúdese á la famosa reforma de Tai-Tsoung, emperador chino, que hizo los mayores esfuerzos para desterrar de su nación la filosofía atea, á que se mostraba tan apegada, y vivificarla con la doctrina evangélica. La famosa inscripción de *Sin-gnan-fou* descubierta en 1625 en unas excavaciones por los misioneros jesuitas, prueba de una manera irrecusable la introducción del cristianismo en China el año 635 y su duración hasta el 781. (Véase el P. Kircher, *China ilustrada*: el P. Visdelou, *Suplem. á la bibliot. orient. de d'Herbelot*; Abel de Remusat, *Miscelánea asiática: Anales de filosofía cristiana*, t. IV y XII.)

viente. El fiel musulmán exclama: del Oriente sale la luz, Algu-  
fia duerme en las tinieblas.

»La Iglesia y el Islam se miran frente á frente como el león  
y el tigre después de la primera embestida: dos barreras que  
antes los separaban, ceden ya al poder de Allah clemente y mi-  
sericordioso: en las montañas de Afranc deja el cauteloso tigre  
la presa por la vuelta (1): en la ciudad de Constantino devoran  
las hogueras los monasterios, los monjes y los ídolos, y á los  
golpes del martillo Isáurico se va desmoronando Santa Sofía (2).

»Los bárbaros de las regiones del hielo se estremecen de  
placer en sus pellizas esperando que un pontífice romano ponga  
en la diestra de Károloh (3) el globo de Constantino; pero las  
hermosas hijas del Yemen celebran con las zambras y cantares  
de sus almeas las victorias de los hijos de Ismaél, que por la  
virtud del Korán se abren las puertas del Oriente y del Oc-  
cidente.

»La perla de la Propóntide no pasará á ornar la sién del  
Franco, aunque la amedrentada Irene le brinde con su mano y  
su diadema (4). Bizancio aborrece los ídolos y se entrega en  
brazos de los Emires.

»Los hijos de Odino se han cubierto de ignominia doblando

(1) Proverbio árabe que alude á la rota de Roncesvalles. (Véase Conde, tom. I, pág. 201.)

(2) Alude á la secta de los Iconoclastas ó *destruadores de imágenes*, principal-  
mente poderosa en el octavo siglo bajo León el Isáurico, emperador de Constanti-  
nopla, y que subsistía en la época en que se supone habla Abde-r-rahmán, puesto  
que sólo fué condenada desde un concilio celebrado en 787.

(3) Así escriben los árabes el nombre de Carlomagno.

(4) Irene, emperatriz de Constantinopla, célebre por su belleza y por sus no-  
bles esfuerzos en favor de la Iglesia maltratada por los iconoclastas, ó *destruadores  
de imágenes*, era viuda de Constantino Copronimo desde el año 780, y decíase  
que había brindado con su mano á Carlomagno con el objeto de unir los dos impe-  
rios de Oriente y Occidente, y salvar de este modo á la cristiandad, amenazada  
por el creciente poderío de los Mahometanos. En el año en que habla Abde-r-rah-  
mán (786) aún no se había reunido en Nicea por excitación de esta emperatriz el  
concilio que restableció el culto de las imágenes; de modo que los iconoclastas  
seguían aún desahogando en los templos del imperio griego su asoladora manía,  
aunque no ya con la delirante furia que habían desplegado bajo su protector León  
el Isauero.

las cervices bajo la maza carlovingia: Witikindo se ha sostenido solo contra el bárbaro de Austrasia, los demás caudillos germanos han palidecido como mujeres y revestido en Paderborn las blancas túnicas de los Catecúmenos incircuncisos (1).

»Pero los hijos del Yemen han sombreado con el velo del Islam la parte mejor de la tierra, desde el Thibet hasta el Pirineo, y á impulso de la cimitarra de los fieles espiran el dragón imperial en los páramos de Sem (2), la escuela de Cristo en los verjeles de Japhet.

»Los Salvajes, cubiertos de pieles, aullaron como lobos hambrientos con la esperanza del botín durante las disensiones de los hijos de Ismaél: vieron que sobre las orillas del Éufrates se cernía el fatídico cuervo, y que la blanca paloma había desamparado su antiguo nido, y se imaginaron cebarse en las riquezas y plareces; mas estaba escrito que no sería para ellos la hermosa tierra del azahar y de la oliva, y el pastor del rebaño del

(1) Pocos ignorarán sin duda las grandes victorias de Carlomagno contra los pueblos indómitos de la Germania. Antes de dirigir el célebre rey franco sus fuerzas hacia España, había alcanzado en Paderborn un ruidoso triunfo, que mencionamos aquí por lo mucho que redundó en gloria y propagación del cristianismo. Distinguíase entre los pueblos germanos por su valor y ferocidad la belicosa tribu de los Sajones. Estos eran idólatras, habían martirizado al pié de la estatua de su divinidad Hirmensul á los misioneros que les había enviado Pipino, entregado á las llamas la iglesia de Deventer, y lanzado su salvaje grito de guerra desde el advenimiento de Carlomagno al trono. Pero los Francos juraron exterminarlos si no abandonaban sus ídolos, y cumplieron su juramento. No referiremos las sangrientas batallas y costosas conquistas con que los Francos desempeñaron aquel memorable compromiso: diremos tan sólo que lo llevaron á cabo, y que en el año 777, reuniendo Carlomagno una asamblea de Sajones sojuzgados en medio de una espaciosa llanura regada por cristalinos manantiales, dentro de la propia tierra de los vencidos, los caudillos Germanos recibieron el bautismo para revestir la blanca túnica de los Catecúmenos. Casi todos juraron fidelidad; sólo se declaró independiente el intrépido y desleal Witikindo. (Véase *Eginhart, Annal. Carol. mag. vitæ.*)

(2) Temeroso el emperador de la China Te-Tsoung del rápido crecimiento de las hordas del Thibet, que ya una vez le habían saqueado y saqueado su capital, pidió auxilio contra ellas á los Cálifas de Oriente, y Aroun al Raschid mandó sus diputados á la corte del celeste imperio. Las tribus del Thibet fueron batidas por los ejércitos del Califa, de los Tártaros y de los Chinos reunidos, y después los Mahometanos aspiraron á la conquista del Asia Central. (Véase *el P. Gaubil, Histoire de la grande dynastie Thang.*)

Profeta los hizo rodar perniquebrados por las vertientes de sus ásperas montañas (1).

» Entonces cantaron las vírgenes y los ancianos del Hedjaz: no hay más Dios que Dios; ¡Mahoma es su Profeta! Poderosa es la raza Coréixi: Dios clemente ha vinculado en ella el precioso collar de Cosroës y las veinte y cinco coronas de los reyes de Iberia (2).

» Se imagina el gigante idólatra ser el sucesor de César: no advierte que sobre el plátano se ha levantado la palma en el Andalus (3), y que á su gallardo columpio acuden hoy de África y Asia las aves vocingleras.

(1) Alude á la derrota de Roncesvalles, cuya gloria se atribuyen los Arabes.

(2) Los Arabes mahometanos desde sus primeras conquistas sojuzgaron la Siria, el Egipto y la Persia. El antiguo imperio de Ciro, regido á la sazón por la degenerada dinastía de los Sassanidas, de cuya raza había nacido más de medio siglo antes el gran Cosroës, cayó bajo la cimitarra de Khaled, á quien denominaban: «Espada de las espadas de Dios.» Mahoma había dicho á uno de sus compañeros: «Tu altivez y gloria serán completas cuando ostente tu cuello el collar de Cosroës.» y esta promesa había estimulado de tal manera los bríos de aquel terrible caudillo del ejército de Omar, que obligó á sus Arabes á fiar la victoria á una sola función contra todas las fuerzas de la monarquía persa reunidas. Decidióse la gran contienda en la sangrienta batalla de Cadesiah, que duró dos días y una noche, y durante la cual los Arabes *rugieron como el león del desierto*. Fueron derrotados los Asirios, y en testimonio de su triunfo levantaron los Musulmanes junto á las ciudades de Madain y Ctesifón saqueadas las dos poblaciones célebres de *Bassorah* y *Kuffah*.

Las 25 coronas de los reyes de Iberia son las que dicen los historiadores árabes que encontró Tarik en el alcázar de Rodrigo, guarnecidas de jacintos y otras piedras preciosas, y pertenecientes á los 25 reyes godos que había tenido España hasta el tiempo de la conquista.

(3) Créese que en el solar que ocupaba el alcázar viejo, y que es hoy Campo-Santo en Córdoba, estuvo el plátano que plantó Julio César después de la batalla de Munda, y al cual hizo Marcial su elegante epígrama (62—lib. IX), que principia:

In Tartessiacis domus est notissima terris,  
Qua dives placidum Corduba Bætin amat;  
Vellera nativo pallent ubi flava metallo,  
Et linit Hesperium bractea viva pecus;  
Ædibus in mediis totas amplexa Penates  
Stat platanus densis Cæsariana comis;  
Hospitis invicti posuit quam dextera felix,  
Cœpit et ex illa crescere virga manu.

En vez del plátano de César ostentaba ahora Córdoba la palma de Abde-r-rahmán, objeto de los sentidos versos reproducidos en una de las notas anteriores. Por la palabra *Andalus* se significa entre los Arabes toda la España Sarracena.

» Nuestro es en verdad lo más aventajado de la tierra: en nuestro dominio se crían las aves de más vistoso plumaje, las piedras preciosas de más valor, y las plantas de más fragancia. Es el predilecto del sol que le da fuego fecundo, del mar que siempre le arrulla, enriqueciéndole con el coral y la perla.

» El idólatra de alguía no ha abierto aún los ojos: la Iglesia le educa y ya le enseña á deletrear con su dedo (1); pero el sucesor del Profeta ha gozado las delicias del saber y mojado el labio en las limpias aguas de la elocuencia y de la poesía. No tiene, pues, que temer que el bárbaro rey de Afranc rivalice con él en virtud, magnificencia y cultura.

» No entregará Dios el mundo á los que se embriagan predicando penitencia, y se enriquecen ensalzando la pobreza, y se dan al libertinaje recomendando la castidad (2); mas nosotros, que buscamos la dicha en la tierra y la felicidad en el cielo, bendeciremos á Allah porque nos ha dado la miel dulce, la rosa balsámica, el rubí encarnado, la seda joyante y la mujer hermosa.

» Para ellos los monasterios pobres y sombríos; para nosotros los verjeles, el harem, los baños y las aljamas: aljamas revestidas en el interior de bruñidos jaspes y esplendorosos estucos,

(1) Carlomagno, genio organizador que tanto civilizó á los Francos, que sojuzgando á los Aquitanos, á los Germanos y á los Longobardos sacó del caos de la barbarie la gigantesca unidad del Imperio de Occidente, no sabía ni aun leer cuando consumó sus más ruidosas conquistas. Quizás estaba aprendiendo á deletrear bajo la dirección del diácono Alcuino cuando ideaba la restauración de las artes y de las ciencias en Europa, y fundaba por inspiración de aquel sabio eclesiástico, denominado en su siglo el *Santuario de todas las artes liberales*, las primeras academias y escuelas que conoció la Francia de la Edad media.

(2) En la Iglesia gótica hubo desgraciadamente sacerdotes indignos, contra cuyos excesos clamaron siempre los santos padres, dignos prelados y sabios cenobitas, lumbreras de la afligida grey de Jesucristo en la tormentosa noche de las guerras é invasiones de aquellos siglos. La lucha continua, inteligente, trabajosa y perseverante, contra las costumbres depravadas y la barbarie de todos los estados y condiciones, es cabalmente el timbre más glorioso de la Iglesia en España, y el testimonio más inerrable de su divina institución. Pero los Sarracenos, obcecados como los Judíos, palpaban la miseria de los malos Cristianos y no veían las resplandecientes virtudes de los buenos.

que con su luz y su fragancia transportan al fiel muslim á la casa celeste de la Adoración (1) construída de jacintos rojos y cercada de lámparas inextinguibles.

» Para ellos claustros lóbregos y silenciosos, para nosotros las cristalinas fuentes y verdes arrayanes de los jardines; para ellos la vida triste y recelosa del castillo, llena de privaciones; para nosotros la existencia risueña y tranquila de la academia; para ellos la intolerante y suspicaz tiranía; para nosotros la monarquía clemente y paternal; para ellos la ignorancia popular; para nosotros la instrucción, pública y gratuita; para ellos los yermos, el celibato, el sacrificio, el martirio voluntario; para nosotros los campos fértiles, el amor, la fraternidad, la bienandanza, las comodidades y deleites; para ellos los penosos preceptos de la Iglesia, las enconadas disputas de los concilios; para nosotros los fáciles mandatos de la Sunnah y los entretenidos certámenes de los sabios y poetas.

» ¡Gran contienda se inaugura entre la barbarie y la cultura, entre las sombras y la luz, entre Cristianos y Muslimes! Preparado está el mundo y dispuesto para grandes cosas, como el hierro que sale de la fragua enrojecido y sólo espera la nueva forma que van á darle sobre el yunque.

» El Franco y el Árabe son la tenaza que le tiene asido, y cada cual levanta sobre él su martillo.

» Pero el Franco habrá de volver la maza á menudo contra otros bárbaros procedentes de los vastos páramos de hielo (2),

---

(1) Mahoma, en su visión beatífica, ó viaje á los siete cielos, describe la *casa de la Adoración* como construída de jacintos rojos y cercada de lámparas que alumbran eternamente. Ocupa esta casa un paraje alto y determinado en el séptimo cielo: allí se reúnen cada día en peregrinación setenta mil ángeles de la más alta jerarquía, y cada día diferentes: en su forma se parece exactamente al templo ó Caaba de la Meka, y si desde el lugar donde se halla cayera perpendicularmente sobre la tierra, lo que puede muy bien acontecer algún día, caería necesariamente sobre dicho templo.

(2) La lucha de Carlomagno con las tribus bárbaras del norte se prolongó efectivamente hasta después de entrado el siglo IX, estando ya empeñada, como hemos dicho en la nota 4 de la página 63, en la época en que habla Abde-r-rahmán (año 786).

y al Árabe le bastará sacudir con el ruido de sus corceles el indolente sueño del Ganges y del Indo que se mueren sobre las flores.

»No resta más que vigorizar el brazo del forjador donde más tenaz es la resistencia: un esfuerzo más, y la vida del Oriente transmigra al majestuoso Guadalquivir; un acto más de fe, y la majestad de Bagdad se humilla ante la reina del Andalus, y el Godo casto y salvaje que hoy proclama rey la enriscada Asturias (1), hunde entre sus pobres templos de cal y piedra tosca (2) la férrea corona de puntas heredada de Pelayo.

»Alcemos, pues, á Allah que ha protegido nuestras armas, alcémosle sobre el gran río del Andalus una aljama que supere en magnificencia á las de Bagdad y Damasco, sólo comparable á la santa Alaksa de Jerusalem; y los legítimos sucesores en la herencia de Othmán impiamente sacrificados, exultarán aunque insepultos.

»Levantemos la Caaba del Occidente (3) en el solar mismo

(1) En este mismo año de 786 recuperó el trono de Asturias D. Alonso el Casto.

(2) Aunque la arquitectura goda no pereció en España con la irrupción sarracena, sin embargo, las construcciones de los primeros reyes de Asturias y León no podían menos de ser pobres y menesterosas, como lo era la misma monarquía; así que en los historiadores de aquellos tiempos, que nos han dejado noticia de nuestros templos y monasterios del siglo viii, nada es más común que estas modestas descripciones: «*de luto et latere*» «*de petra et luto opere parvo*,» y otras semejantes. La basílica de San Salvador de Oviedo, restaurada por D. Alonso el Casto, y construida de piedra y cal, excita sin embargo la admiración del monje de Albelda y del obispo D. Sebastián, y Ambrosio de Morales nos asegura que aún duraban en su tiempo *algunos pequeños trechos del suelo, que eran labradas de un mosaico de piedras diversas encajadas en la argamasa, y algo basto, mas muy firme y vistoso*. Pero los historiadores árabes, muy ignorantes por lo común de nuestros usos y artes, aunque tan en contacto con la civilización romano-gótica que hacía de la España la nación más adelantada del Occidente, por no haber encontrado entre nosotros las muelles y corruptoras costumbres del Asia, nos suelen pintar como salvajes cubiertos de pieles, y á nuestros edificios como verdaderos antros de fieras. Los de los primeros tiempos de la invasión, no obstante, reconocían la cultura de los Godos, como quizá tendremos ocasión de hacerlo notar en lo sucesivo hablando del antiguo alcázar de Córdoba, que Ibnu Bashkuwal dice llamaban de antiguo *Palacio de Rodrigo (Balátt Rudherik)*.

(3) Se asegura que la gran mezquita de Córdoba era objeto entre los Arabes de Occidente y de la costa de África de una veneración igual á la que profesaban los Orientales á su Meka, y los historiadores afirman que aún después de haber caído en manos de los Castellanos y de quedar convertida en templo católico, siguieron aquellos dirigiendo á ella sus peregrinaciones.

de un templo cristiano que tengamos que derruir, para que caiga la Cruz entre escombros y sobre su polvo descuelle el Islam radiante.

» Ostentará la gran mezquita todas las galas del mediodía y del Oriente: su arquitectura será un espléndido compuesto de todos los estilos; para que en ella puedan leer los venideros todas nuestras conquistas.

» Sea su planta parecida á la de las basílicas del Crucificado, para que la casa de Dios oprima la casa de los ídolos, atrio, pórtico, naves y santuario; todo en un recinto de cuatro ángulos y cuatro lados, como la santa casa de la Meka (1).

(1) La Caaba (ó casa cuadrada) de la Meka, construída según unos primero por Adán, luégo por Abraham é Ismaél, y por último reedificada con más ostentación por los árabes Coreixís antes de la predicación de Mahoma, y fabricada, según otros, por los ángeles, fué encerrada en la célebre mezquita de El-Haram, no se sabe en qué época. Edrisi, geógrafo árabe del XII siglo, la describe como ocupando el centro de una especie de recinto circular á cielo abierto, y revestida en la parte exterior de magníficos tapices de seda de Irac que la ocultan á la vista. Pero desde el siglo XII acá, la Caaba ha debido sufrir grandes alteraciones, porque leemos en la obra de Batissier, ya anteriormente citada, que su actual figura es la de un cubo trapezoide; que la cubre un velo negro sujeto con anillos de bronce fijos en el subasamento; que su techumbre está interiormente sostenida en dos columnas y oculta con un velo de seda color de rosa; que la alumbran infinitas lámparas de oro, y que cubre su puerta una cortina bordada de oro y plata. La Caaba se halla hoy encerrada en un espacioso patio de tres pórticos: tiene además del edificio que le sirve de recinto otros dos patios menores con arquerías, siete alminares, y varias dependencias. En el M. S. aljamiado, núm. 290 de la Biblioteca nacional de París, ya en otra ocasión citado, hay una especie de anécdota en que se refiere, que habiendo una *compaña* de Judíos preguntado al Profeta, entre otras varias cosas, por qué había hecho Dios la casa de la Meka cuadrada, Mahoma les respondió: «Cuando Allah mandó á Ibrehim Halaihi Issalám que fraguase la casa de Meka, y con él su hijo Asmehíl ayudándole á faser la dicha casa, empezó á faser la cuadra primera con estas palabras, tanto cuanto duró la primera cuadra: «Subhana Allah, Subhana Allah» (Alabado sea Dios, alabado sea Dios): y cuando empezaron á faser la otra cuadra, decian siempre: «Lalillahá Illa Allah, Lalillahá Illa Allah» (No hay mas Dios que Allah, no hay mas Dios que Allah): y cuando empezaron á faser la otra cuadra, decian: «Allahu Akbar, Allahu Akbar» (Dios es grande, Dios es grande); y cuando empezaron la otra cuadra, fisiéronla diciendo: «Alhamdú lillahí, Alhamdú lillahí» (Demos loores á Dios, demos loores á Dios). Y por esto fué cuadrada; que si otra hubiera en las escrituras que Allah envió que fuera tal como estas, también Allah mi señor habria mandado poner otra cuadra mas; por cuanto no hay ni hubo en las aleyas (versículos) que Allah envió ninguna que igualare con estas, fué causa que quedó cuadrada.» Se ve, pues, que el cuadrado es la forma canónica y tradicional de las mezquitas, aun cuando nada haya prescrito Mahoma acerca de esto.

» Sea el atrio vasto, espacioso, desahogado, con abundantes y puras aguas para las abluciones: tal que después de edificado no haya lengua que ensalce el atrio de Santa Soffa. Descanse todo él sobre una anchurosa cisterna de bóveda subterránea, de modo que el peregrino de tierras de Asur, al refrescarse á la sombra de sus naranjos, se crea transportado á los pensiles de Babilonia.

» Ábrase paso el gentío de los creyentes al cuerpo de la mezquita por once puertas circulares que correspondan á otras tantas naves, tendidas del algufia á la quibla (1), y la nave central sea más espaciosa que las laterales, descubriendo en su fondo á los extasiados ojos de los musulimes la maravilla nunca vista.

» El cuerpo de la aljama aventajará por lo sorprendente de su perspectiva á la famosa mezquita de Amrú y á la santa casa de Jerusalem (2), porque sus once naves estarán cruzadas en ángulo recto por treinta y tres más angostas: todas sostenidas en ricas columnas de mármoles variados, que al que las mire le representarán la imagen de una lucida hueste en simétrica formación y belicosa postura.

(1) *Quibla*, que los Arabes escriben *Kiblah*, es el punto que mira á la Meka: en las mezquitas de Siria y Palestina miraba la Quibla al mediodía próximamente, mas en las de Occidente debía mirar hacia el sudeste. Los Arabes andaluces, sin embargo, siguiendo de rutina la práctica establecida en Damasco y Bagdad, edificaron sus mezquitas con la Quibla ó lado del santuario vuelto al mediodía, de modo que en rigor su santuario no miraba á la Meka, aunque así lo suponían. Mahoma en el Korán llama á la Meka *Quibla del mundo*.

(2) Amrú, caudillo famoso del ejército de Omar, que llevó á cabo con asombrosa rapidez la conquista del Egipto, edificó la gran mezquita del Cairo, que aún lleva su nombre. Esta mezquita, erigida en los primeros años de la Egira, es una de las más antiguas y notables que se conocen: su disposición y planta sería parecida á la de la mezquita de Córdoba si no tuviese en medio del cuerpo principal un segundo patio espacioso que interrumpe la serie de las 23 naves que de norte á sur y de oriente á poniente se cruzan en ángulo recto. En la mezquita de Amrú hay tres *mihrab* ó santuarios en vez de uno. La santa casa ó Alaksa de Jerusalem fué obra del Califa Omar, levantada sobre el mismo solar del templo de Salomón. Es regular que estos grandes edificios y otros igualmente célebres de aquellos tiempos, como las mezquitas de Medina y de Damasco, fuesen obra de artistas bizantinos, puesto que refiere Ebn-Khaldoun que el Califa Walid, hijo de Abd el Malek, tuvo que pedir arquitectos al emperador griego Justiniano II para poder erigir sus hoy famosas aljamas. (Véase *Rev. gén. de l' Arch.*, 1840, p. 68, nota 1.)

» Verdaderamente se asemejarán esas mil columnas al bosque de lanzas que presentaban en el inolvidable día de las Víctimas mis leales Zenetes (1), fundamento de mi poderío. Sobre esas columnas voltearemos arcos que imiten sutiles banderas henchidas por el viento de la fortuna, y sobre el conjunto descansará una rica techumbre de alerce incorruptible, así como en mis soldados descansa en España la incontaminada Sunnah, que á todos nos ampara.

» ¿Qué espectáculo será semejante al de esos mil arcos ligeros descritos en el espacio, apenas sostenidos en sus arranques y dejando pasar la luz, como un bosque ornado de guirnaldas que sacude y levanta la brisa? No sabrán las gentes á qué compararlo, porque no habrá monumento antiguo ni moderno que ofrezca tan original combinación.

» No profanarán nuestro templo simulacros groseros, no tendrán en él cabida los ídolos de los adoradores de los astros y del fuego, ni los emblemas impuros de la India y del Egipto, ni los perecederos dioses de Grecia y Roma. Ormuz y Siva, Venus y Rea, Jesús y María, no recibirán de los Muslimes idolátrico culto; el único símbolo que en nuestra aljama pondremos será esa gallarda curva sostenida en el aire, que recordará á los verdaderos creyentes la afortunada huída del Profeta á Medina.

» Esa es la mística forma que en aquella memorable noche dibujaron en el cielo la luna nueva que le iluminó el camino, y en la tierra el poderoso casco de su caballo (2).

---

(1) Día memorable para Abde-r-rahmán, porque fué el de la famosa batalla de Musara, en que derrotó á Jusuf el Fehrí, y que consideró como un feliz agüero de sus triunfos ulteriores. Debió aquella señalada victoria á sus caballeros Zenetes, base y núcleo de su poderoso ejército en España.

(2) El origen del arco llamado de *herradura*, que usaron con predilección los Arabes en España durante el Califato de Córdoba, ha sido objeto de muchas investigaciones arqueológicas. Batissier hace mérito en una de sus notas de la errónea opinión de algunos que consideran este arco como una especie de símbolo de la huída del falso Profeta á Medina, que ocurrió en un novilunio. Añade que los Persas y los Bizantinos lo usaban ya desde antes de la Egira, y cita á Texier, que en su *Descripción de la Armenia* lo manifiesta perfectamente dibujado en la catedral

» Como en la marea creciente dibuja la ola en la arena de la playa su círculo, pasando sobre la huella de la oleada anterior, así el dichoso flujo de nuestras conquistas fué pasando triunfante sobre los pueblos sojuzgados. Quiero, pues, que nuestro rápido crecimiento marque sus grados en esas suntuosas columnatas, y que los arcos que lleven la incorruptible techumbre se levanten sobre otros arcos inferiores.

» Espanto y lágrimas producirá en los Cristianos la amenaza de esa creciente marejada; pero los que se conviertan verán en esos arcos el iris de la paz y de la bonanza.

» Coronarán los pulidos fustes de mármol y jaspe elegantes capiteles en que alternen el gracioso canastillo corintio y el magnífico compuesto romano; los arcos de la nave central aparecerán ricamente ataviados, y en el vestíbulo del mihrab prodigará la exuberante imaginación del Árabe las encantadoras y lujosas combinaciones de la ornamentación asiria y griega. En él se elevará la majestuosa cúpula bizantina, que protegerá la tranquilidad del hijo de los Califas durante sus oraciones (1). Cerrarán

de Dighour, anterior á la conquista arábica. Á mayor abundamiento, atribuyen también la introducción del arco de herradura á los Bizantinos los anticuarios Hope, Alb. Lenoir y Girault de Prancey; y M. Couchard la refiere á los arquitectos persas llamados á Constantinopla por los emperadores griegos. De lo que no hay duda es de haberlo usado con frecuencia los arquitectos de nuestra España visigoda, como lo atestiguan la iglesia y la cisterna de Baños del río Pisuerga, muchas reliquias de construcciones de la ciudad de los Concilios (Toledo), y no pocos códices iluminados, procedentes del antiguo monasterio benedictino de S. Millán de la Cogolla.

(1) La cúpula adaptada á un plano circular por el estilo de la *rotonda*, forma favorita para los mausoleos de los personajes ilustres, es construcción romana antigua, si bien pueden citarse varios ejemplos de haberla usado los pueblos de Asia y Grecia en los tiempos más remotos (véase la obra de *Layard* sobre los descubrimientos hechos en la antigua *Ninive*: véase también *Batissier*: Grecia: *Tesoro de Atreo*); no así la cúpula bizantina, que descansa sobre un plano cuadrangular y que fué introducida por los arquitectos del Bajo Imperio para diferenciar, sin duda, de las construcciones circulares paganas, las construcciones religiosas propias del cristianismo, que se seguían coronando con las techumbres hemisféricas, tan majestuosas y simbólicas. En efecto, la disposición neo-griega era la única posible para adaptar á la intersección de los dos rectángulos que forman los brazos y el árbol de la cruz, la cúpula que representa la bóveda del firmamento en que descansa el trono de Dios. Esta fué la cúpula con que coronó Justiniano su

esta incomparable aljama cuatro altos y gruesos muros fortalecidos con torreones, cuya solidez desafiará á la de las insignes obras romanas de África y España, y cuyas endentadas almenas traerán á la memoria nuestras lejanas conquistas (1).

» Después de terminada nuestra obra, vengan en buen hora á disputarnos los adoradores del hijo de María el predominio sobre el Occidente. El libro santo que tengo reservado (2) para

famosa basilica de Santa Sofía de Constantinopla, y de aquí es probable que se difundiese á las naciones que se hallaban más en contacto con Bizancio, una de las cuales era la Persia. La cúpula neo-griega, ó bizantina, se usó sin embargo antes de Justiniano, aunque no en tan grande escala como en Santa Sofía, que fué la que, por decirlo así, canonizó esta práctica del arte de construir: de manera que los Persas, poco inventivos de suyo en todos tiempos, pudieron desde dos siglos antes de la conquista arábiga haberse educado en los usos y prácticas de los arquitectos bizantinos. Los estudios arqueológicos confirman plenamente esta inducción histórica: la dinastía de los Sasanidas, que comienza con Artajerjes en el año 226 antes de Cristo y se perpetúa hasta los primeros años de la Egipta de Mahoma, hace alarde de la doble inoculación romana que el arte persa experimenta, bajo Sapor por sus guerras con Valeriano, y bajo Cosroës por sus relaciones con Justiniano, erigiendo en la llanura de Nakschi-Rustan y en la ribera del Eufrates (palacio de Tak Kesra) los monumentos que hoy nos los revelan. Los Árabes al conquistar la Persia salían en cierto modo de la vida nómada del pastoreo, no tenían por consiguiente artistas experimentados, y al hacerse dueños de la suntuosa corte de Ctesifón, al apoderarse de los magníficos palacios de Sarbistán y Firouzabad, aprendieron sin duda como por encanto el arte soberbio de levantar sin largo y trabajoso aprendizaje las elegantes construcciones de Kuffah y Bassorah. Lo que en estas dos ciudades improvisadas del Tigris y del Eufrates hicieron, basta para indicarnos lo que podían hacer en los demás países. De todas maneras, es indudable que por lo que en Persia vieron y practicaron, por lo que aprendieron también con la conquista de la Siria y del Egipto, su arquitectura no podía menos de ser, en sus principios generadores, *bizantina*. Pero de esto hablaremos más adelante con la necesaria extensión.

(1) En efecto, las almenas endentadas de los muros que forman el recinto exterior de la mezquita de Córdoba, parecen un recuerdo de las que se ven en un monumento persa del siglo vi, atribuido á Sapor, y llamado el *Taki-Bostán*, en una montaña del Bagistán. Esta clase de almenas, comunes en muchos edificios árabes, no tienen modelo conocido en ninguna de las antiguas construcciones de Italia y de Grecia. (Véase Batissier, p. 406.)

(2) La copia del Korán, dice Al-Makkarí, que se supone escrita por el Califa Othmán y que se conservaba depositada en el mimbar ó púlpito de la gran mezquita de Córdoba, estaba cuidadosamente guardada en una caja de oro guarnecida de perlas y rubíes, forrada de rica seda, y encerrada en una pequeña arca de madera de aloe con clavos de oro. Citando al historiador Ibn Marzuk, predicador de gran fama, añade que la copia del Korán llamada Othmání en África y Andalucía, es una de las cuatro copias que el Califa Othmán envió á la Meka, á Bassorah, á Kuffah y á Damasco, y que se conservó en la referida mezquita cordobesa hasta

el inimitable mihrab que ha de ser la maravilla del Andalus, conservará la unidad de nuestra fe: inalterable é inflexible nuestra creencia, crecerá el islamismo pujante en Europa arrollando esa multitud de leyes, sectas é instituciones que traen divididos á los incultos Godos y Germanos, y la Ley del Profeta, que es hoy el vínculo áureo de su pueblo predestinado, será con el tiempo la férrea argolla que fuerce á los rebeldes imperios idólatras á prosternarse ante la *Quiblah* de la grande aljama. »

Así habla Abde-r-rahmán, y los jeques de su consejo, que con respetuoso silencio le han escuchado, aplauden su piadoso propósito, añadiendo que verdaderamente ha expuesto con elocuencia la situación actual del mundo y predicho con tono de adivinación el futuro engrandecimiento del nuevo Califato. Alguno de ellos, contagiado tal vez de las doctrinas que públicamente se enseñan en las iglesias y monasterios cristianos de Córdoba, baja la vista al suelo y guarda silencio, dudando del triunfo que el hijo de Moavia cuenta por seguro, y juzgando que éste no ha comprendido la moral de los que siguen al Crucificado.

un sábado 11 del mes de Xawal del año 556 de la Egira, en que fué robada según era fama por orden de Abdulmumen Ibn Alí, que se la llevó á África, acompañándole en todas sus expediciones militares. Niega Ibn Marzuk que esta copia estuviese manchada con la sangre de Othmán, según era voz popular en Andalucía; pero el Sr. Gayangos observa en una de sus eruditas notas, que tanto Ibnu-l-abbar como el geógrafo Ibn Iyás, que afirman hallarse en su tiempo este Korán en Córdoba, declaran positivamente que se veían en él de una manera inequívoca señales de la preciosa sangre del Califa. El mismo Sr. Gayangos explica en la propia nota, alegando la autoridad de Idrisí, que la copia de Córdoba se denominaba Othmaní, no porque Othmán la hubiese escrito, sino porque en ella se contenían cuatro hojas del Korán con que el Califa había intentado escudar su pecho contra el puñal de sus asesinos.

## CAPÍTULO III

Realízase la idea del Amir.—Condición de los cristianos bajo los sarracenos en Córdoba

P.C. Monumental de la Alhambra y Generalife  
CONSEJERÍA DE CULTURA



El secretario favorito de Abde-r-rahmán, Umeya Ibn Yezid, que por su oficio de Katib era el encargado de extender las órdenes del soberano (1), y de la protección y seguridad de los Cristianos y Judíos de Córdoba, fué inmediatamente comisionado para tratar con el Obispo y con el Conde (2) de los Cristianos la com-

(1) El oficio de Katib ó secretario era de dos especies: su cargo más importante era el de la correspondencia del Sultán con sus aliados ó enemigos, y la redacción de las órdenes del soberano. El segundo cargo era de protección y seguridad de los Cristianos y Judíos. (Véase Al-Makkari, lib. I, cap. 8.)

(2) Para el gobierno civil de los Cristianos había destinados ministros, cuyo principal empleo era el de *Conde*, que equivalía á intendente ó gobernador. Era esta dignidad una reliquia, digámoslo así, de la pasada administración goda, bajo la cual el título de *Conde*, además de cargo palatino, que suponía en el que lo llevaba tener debajo de sí en el palacio del rey alguna clase ó dependencia, significaba mando superior en alguna ciudad ó provincia. En la monarquía asturiana,

pra formal del templo sobre cuyo solar había de erigirse la nueva mezquita. Mandóle que llamase á sus arquitectos para comunicales su plan y darles sus instrucciones, y añadiendo algunas órdenes para su tesorero y para el colector de los impuestos relativamente á las sumas que se proponía destinar á dicho objeto, despachó á sus consejeros. La hacienda de Abde-r-rahmán se hallaba en estado floreciente á pesar de los cuantiosos gastos que había tenido que hacer para dar esplendor al naciente Califato: sus prodigalidades con los hombres dedicados á la ciencia y la literatura, el numeroso ejército que había constantemente mante-

el Conde en la capital de su gobierno ó señorío tenía corte como los reyes, ponía jueces y magistrados en las ciudades y villas subalternas, y en tiempo de guerra iba al frente de su ejército como general. Mas el cargo de Conde de los Cristianos en las ciudades sujetas á los Sarracenos, era un vano simulacro de la antigua dignidad. «Tengan los Cristianos, decía el privilegio de Coímbra otorgado en 734 por el moro Alboacén, un Conde de su propia gente, que los mantenga en buena ley, conforme á la costumbre de los Cristianos; y éste compondrá las discordias que se movieren entre ellos, y no matará hombre alguno sin orden del Cadí (alcalde) ó Wazir (alguacil) moro; mas traerlo han delante del Cadí y mostrarán sus leyes, y él dirá, bien está, y darle han por decir «bien está» cien pesos de plata, y matarán al culpado.» De donde se infiere que el Conde que daba á los Cristianos de Coímbra Alboacén era, en cuanto al imperio, un mero delegado del justicia mahometano, que por sí propio no tenía potestad ejecutiva en los negocios criminales. Agréguese á esto, que aunque por la oscuridad y escasez de las antigüedades no consta positivamente quién nombraba al Conde, lo probable es que fuese hechura del rey mahometano. Que el Conde de los Cristianos bajo el Califato era en todo dependiente de la voluntad del Sultán, se deduce claramente de lo que ocurrió en tiempo de S. Eulogio con el Conde Servando, famoso por su perfidia, el cual, según afirman Alvaro Cordobés y el abad Sansón, llegó á aquella dignidad á fuerza de obsequios y regalos que hizo á los Palatinos, y logró orden del rey para exigir nuevos y exorbitantes tributos de los Cristianos, á quienes debía amparar.

No consta en verdad que el Conde cristiano en tiempo de Abde-r-rahmán I fuese ningún malvado; es de suponer, por el contrario, atendida la paz de que entonces disfrutaba aquella Iglesia, que fuese un verdadero protector de sus connaturales en los asuntos cuyo conocimiento le estaba cometido. Por lo demás, no habiendo llegado á nosotros memoria alguna del prelado que á la sazón regía aquella cautiva grey, ¿habremos de extrañar que no se diga quién fuese en aquellos años el Conde? Sin embargo, persuadidos de que esta autoridad subsistió siempre, y de que su intervención en la venta de la basílica debió ser necesaria por el protectorado que suponía, hemos hecho mención de ella. Al Conde además correspondía comunicar las órdenes consiguientes al censor y al esceptor (*alcalde, y tesorero de los caudales*; véase Flórez, trat. 33, cap. 7: gobierno civil de los Cristianos), pues aunque también éstos eran nombrados por el rey muslim, estaban bajo la dependencia del Conde.

nido en pié para sofocar en todas partes los gérmenes de la rebelión, las costosas obras que había emprendido para que rivalizase Córdoba en lujo, magnificencia, palacios, jardines, alamedas, casas de recreo y de placer, con las ciudades de Bagdad y Damasco, habían agotado á veces sus arcas; pero éstas se habían vuelto á colmar cuántas veces había sido menester merced á la habilidad con que el descendiente de Merwán sabía hacer fecunda la estéril roca de la *Sunnah*. El impuesto legal prescrito por ésta, denominado de *la limosna (sadakah)* (1), el que satisfacían los Judíos, el tributo del *azaque*, y el que pagaban los Cristianos por razón de sus personas, iglesias, monasterios y catedrales, no habían podido cubrir tan exorbitantes gastos; y había sido necesario que el Sultán gravase á sus súbditos con contribuciones no autorizadas por su código religioso. Habíanse establecido nuevos impuestos desprezando las reverentes reclamaciones de algunos meticulosos Cadís contra la manifiesta violación del texto de la ley, y había recursos más que suficientes para atender á la obra proyectada por dispendiosa que fuera. La sola compra del solar había de costarle una gran suma.

Pero las primeras negociaciones encomendadas al katib Umeya fueron infructuosas. Los cristianos, firmes en los artículos de la capitulación que se les había otorgado por los sarracenos conquistadores de Córdoba, no querían vender á Abde-r-rahmán el

(1) - La riqueza del Estado cordobés procedía principalmente del producto de los impuestos, de los despojos de los vencidos, y de las limosnas que á los Muslimes imponía la *Sunnah*. Los impuestos eran de tres especies: el *azaque*, que se pagaba en frutos, y que era un diezmo recaudado sobre todas las producciones de la agricultura y de la industria, y sobre los productos de los ganados; el *charage (xarach)*, que era pecuniario, y se pagaba por la importación y exportación de las mercaderías, y del que estaban exentos los objetos de plata, oro y piedras preciosas, si se destinaban á armas, arneses, libros, ó joyeles para las mujeres; finalmente, el *taadil* ó capitación sobre Cristianos y Judíos.

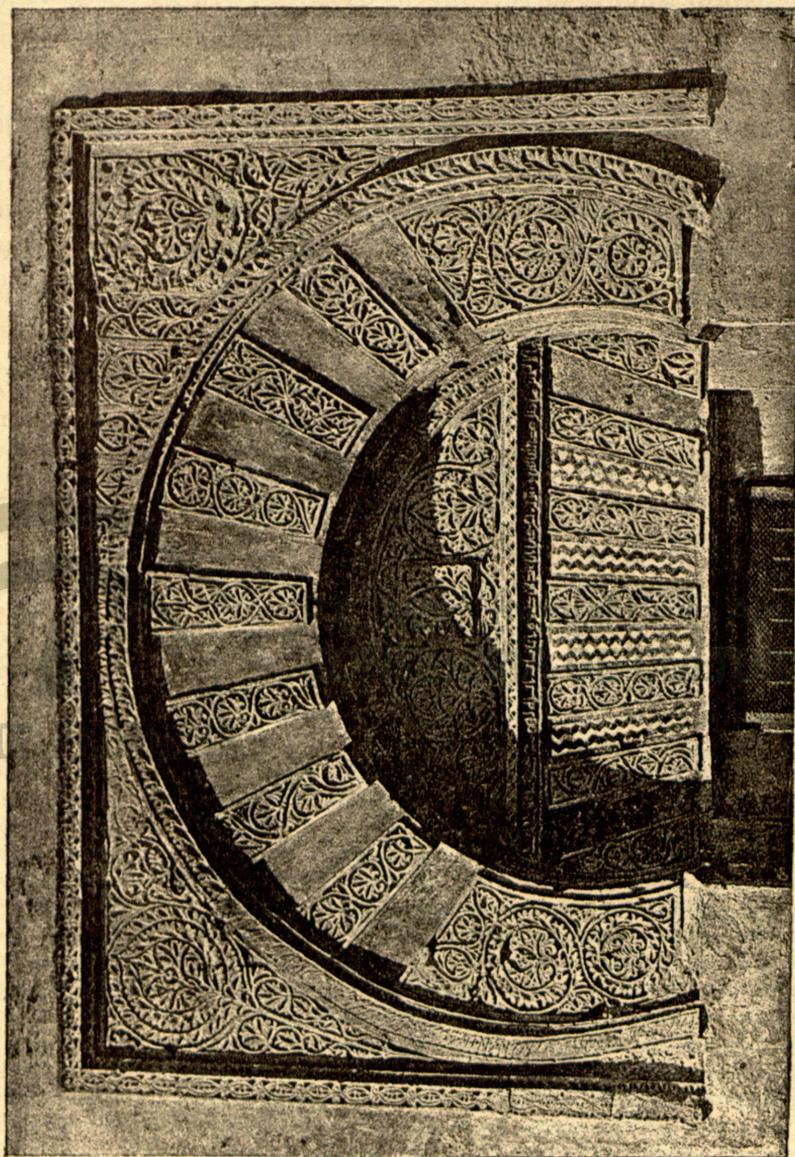
Del botín de guerra se separaba un quinto, que se llamaba *la parte del Califa*: lo demás se repartía entre los jefes y soldados. El tesoro privado del Califa se aumentaba además con frecuentes donativos que le hacían propios y extraños, como se verá en lo sucesivo.

*La limosna (sadakah)* era el único impuesto legal á que estaba sujeto todo Musulmán por la *Sunnah*.

templo en que éste había fijado sus miras, y que era una espaciosa basílica cuya posesión compartían con los sectarios del Profeta (1): pues los Musulmanes, en efecto, fieles á la práctica entre ellos establecida por consejo del califa Omar, de dividir con los Cristianos las iglesias de las ciudades conquistadas, al tomar á Córdoba habían partido en dos la principal de sus basílicas, dejando una mitad á los naturales y apropiándose la otra, que habían al punto convertido en mezquita. Los Cristianos satisfacían religiosamente el tributo que se les había impuesto para poder permanecer con sus iglesias, obispos y sacerdotes (2): y si bien habían sufrido despojos y exacciones injustas de parte de los gobernadores nombrados por los Califas de Oriente en los años pasados, la justificación y el buen nombre del hijo de Moavia estaban interesados en que la deseada cesión ó venta se hiciese sin asomo de violencia. Conocía Abde-r-rahmán con su natural talento, que el celo de los naturales estaba notablemente entibiado, que el fervor religioso era mayor en los conquistadores que en los conquistados; creía que el cautiverio y la aflicción habían domado la pasada entereza de los cordobeses; que la

(1) Sobre esta singular costumbre de dividir los musulmanes con los cristianos las basílicas de las ciudades conquistadas, y de que no se encuentra memoria en nuestros antiguos cronistas, pueden verse las autoridades citadas en la nota 1.ª del Sr. Gayangos al cap. II, lib. III de Makkari.

(2) Abdalla, hermano de Walid, que construyó la grande aljama de Damasco, fué el primero que impuso tributos á los monjes cristianos. Hallándose de gobernador en Egipto, mandó que todos los que hacían vida monacal pagasen un dinar al año. Los Cristianos de Córdoba pagaban, según refiere Bravo (Obispos de Córdoba, t. I) á medida del capricho de los gobernadores sarracenos. La moneda de los Musulmanes en tiempo de Mahoma y sus primeros sucesores fué la griega ó persiana. Después los califas de Oriente acuñaron moneda con caracteres cúficos en Kuffah y Bassorah, y con esta moneda asiática entraron los Árabes en España, y con ella se mantuvieron hasta que Abde-r-rahmán I estableció casa de moneda en Córdoba, conservando al parecer los mismos valores usados hasta entonces. Había, pues, entre los Árabes: el *dinar*, que era de oro, el *adirhám*, que era de plata, y el *mitcal*, que era de plata ó de oro. Valía el *dinar* 20 *adirhames* ó dragmas, y el *adirham* valía 14 *karats*: el *mitcal de plata*, dice Cantos Benítez, equivalía á 5 reales de vellón actuales, y el *mitcal de oro* diez veces más, ó 50 reales de vellón. El Califa Omar mandó que el *mitcal de oro* valiese 20 *karats*, y el *adirham* 14 *karats*. Según esto, si el *mitcal de oro* valía 50 reales vellón, el *adirham* valía 35, y el *dinar*, que contenía 20 *adirhames*, valdría 700 reales.



DETALLE DE UNA PUERTA EXTERIOR DE LA MEZQUITA

JUNTA D

Amira y Generalife

Córdoba de su tiempo no era ya aquella heroica colonia patricia convertida, tan dispuesta al martirio y pródiga de su propia sangre, cuando guiaba el rebaño de Cristo el grande Osio bajo la persecución de Diocleciano y Maximiano, ni la Córdoba ortodoxa que había padecido guerras, hambres y peste, por no contaminarse con el arrianismo; sabía, por último, que, á pesar de la enseñanza católica dada á la juventud cristiana en las escuelas y colegios de los monasterios, donde tanto se distinguían ya algunos abades y jóvenes seglares, formidables quizá á los mahometanos para lo venidero (1), la iglesia de Córdoba ahora padecía

(1) Según ha evidenciado Masdeu en su Historia crítica, t. 13, libro II, «nuestra Península no sólo era la nación más culta de toda Europa, sino la única provincia que conservaba todavía la cultura romana; la única que sabía las tres lenguas doctas, hebrea, griega y latina; la única que podía gloriarse de hombres verdaderamente sabios; la única que tenía seminarios, academias y bibliotecas... Aun con las bárbaras y sangrientas irrupciones de los Mahometanos, no se cerraron del todo nuestras escuelas y colegios, no se desampararon los estudios, no se abandonó el cuidado de recoger libros y formar bibliotecas, no se dió lugar á la superstición y barbarie de los demás europeos... No sabían los Italianos medir un verso ni hablar bien en la lengua de sus padres, cuando resonaban las prosas y las poesías de nuestros Eulogios y Alvaros... Nuestras catedrales y monasterios renovaban los archivos y librerías quemados por los moros; nuestros obispos y abades mantenían seminarios de instrucción para clérigos y niños; nuestros eclesiásticos y doctores ejercitaban la pluma en tratados científicos y eruditos.» Cabalmente son cordobeses los dos sabios Alvaro y Eulogio citados por el crítico Masdeu, y ambos se formaron en la escuela de un ilustre abad, llamado Esperaindeo, que probablemente cursaba siendo adolescente las aulas de la iglesia cordobesa en los años últimos del reinado de Abde-r-rahmán I. Decimos que probablemente estudiaría Esperaindeo en Córdoba, porque de seguro no se sabe, si bien tampoco se contradice. Que en la época de que tratamos podía ya haber dado en flores alguna promesa de los hermosos frutos que luégo produjo, no hay la menor duda, puesto que consta por su discípulo S. Eulogio que antes del año 856 murió *muy anciano*. El abad Esperaindeo escribió contra las supersticiones de Mahoma una obra hoy lastimosamente perdida, pero que, á juzgar por el único capítulo que de ella nos conserva S. Eulogio, debía ser digna de la fama que en aquellos tiempos logró su autor. Las escuelas de Córdoba fueron en los siglos VIII y IX verdaderos planteles de acérrimos y doctos enemigos del islamismo. En vida de Esperaindeo escribió el ilustre y noble Paulo Alvaro su *Indiculus luminoso*, y otros piadosos y eruditos varones se ejercitaron en el género epistolar, combatiendo también la doctrina del Korán; que tal era entonces la necesidad más imperiosa y aflictiva que aquejaba al Occidente comprometiendo su futura civilización. Reinando en Córdoba Abde-r-rahmán brillaban en otras iglesias doctores muy insignes, como Eterio en Osma, Beato en Liébana, Félix en Urgel, Elipando en Toledo, etc., etc.; y en el oscuro horizonte de la afligida iglesia de Sevilla empezaba á amanecer la estrella de Juan Hispalense.

dolorosas excisiones por las nuevas doctrinas de Migencio y de Elipando (1), y se imaginaba que sus pastores no seguían ya las huellas de aquellos primeros obispos tan ominosos á los Donatistas, á los Luciferianos, á los Gnósticos y á los Priscilianistas, y cuya vida había sido una lucha continuada contra los enemigos de la Iglesia (2). Sorprendióle, pues, sobremanera la repulsa de los cristianos, pero la idea entre verdadera y falsa que se había formado del pueblo sojuzgado y de los encargados de su gobierno, le hacía esperar que vencería su resistencia con sólo insistir y encomendar al tiempo el resultado de las proposiciones entabladas en su nombre. Así realmente sucedió, pero quizás no por la causa en que él confiaba.

¿Cómo fué el conseguir Abde-r-rahmán tan grande sacrificio de los Cristianos? ¿Cómo el resolverse éstos á abandonar su basílica principal á los Mahometanos? ¿No habían sido aquellos santos muros testigos de sus promesas y juramentos en las épocas solemnes de la vida? ¿No habían ellos escuchado sus votos, los votos de sus hijos y los de sus esposas al recibir los divinos Sacramentos? ¿Por ventura les era ya indiferente ver profanada aquella tierra que santificaban las preciosas reliquias de sus mártires; removida la pila bautismal que les había abierto la entrada

(1) Entre los Cristianos de Andalucía se habían fomentado algunos errores: Migencio había querido introducir novedades en la celebración de la Pascua; Elipando enseñaba que J. C. en cuanto Dios era hijo natural y propio del Padre Eterno, pero adoptivo en cuanto Hombre, ó según la humanidad, que decía adoptada por la unión al Divino Verbo, segunda Persona de la Santísima Trinidad. Esta herejía cundió mucho en la Bética, y aunque su autor reconoció después el error y se retractó públicamente, los Cristianos de Córdoba padecieron mucho por su causa, pues como asegura Gómez Bravo (obra cit.), sus fautores, valiéndose del brazo bárbaro de los Sarracenos, persiguieron cruelmente á los que defendían la verdadera doctrina de la Iglesia católica.

(2) La historia de los trabajos evangélicos de los obispos de Córdoba bajo las dominaciones romana y goda se halla minuciosamente relatada en los primeros capítulos de la interesante obra de Gómez Bravo: *Catálogo de los obispos de Córdoba, etc.* El incansable celo, las peregrinaciones, los escritos, las discusiones sostenidas por éstos en los concilios desde los tiempos del grande Osio, son las pruebas más concluyentes y luminosas del espíritu eminentemente civilizador de la Iglesia de Jesucristo.

al gremio de los fieles; derribado el santo tabernáculo que constante y amoroso había habitado el mismo Jesucristo trasustanciado en pan de vida eterna; despojada, desnuda y despedazada, por fin, el ara santa donde diariamente desde pequeñuelos, ellos, sus padres y sus abuelos, habían presenciado el Santo Sacrificio de la Ley? ¿Era posible que no tuviesen apego y cariño al baptisterio donde al nacer habían recibido la blanca vestidura de la inocencia y las armas de soldados de Cristo, al altar ante el cual se habían desposado, á todo aquel recinto, en fin, centro de su vida moral, donde habían aprendido á orar y á merecer, donde habían temido y esperado, entonado himnos y vertido lágrimas de amor y de penitencia? «Sólo Dios omnipotente lo sabe,» diremos nosotros según la costumbre de los historiadores árabes cuando no aciertan á darse razón cabal de alguna cosa.

Es cierto que bajo Abde-r-rahmán I los Cristianos de Córdoba no fueron jamás molestados por causa de su religión; pagaban, sí, como pueblo conquistado, crecidos tributos, pero eran respetados en sus creencias, tenían sus iglesias y monasterios, donde celebraban públicamente su culto, y no se cuenta que sus ministros, simples sacerdotes ó prelados, sufriesen vejaciones de parte del primer rey Umeya del Occidente. Al contrario, si comparaban su estado presente con el pasado, podían considerarse ahora como muy dichosos, porque la tiranía que á sus padres había afligido desde el cruel Alahor hasta el codicioso Toaba, no la habían conocido ellos (1). Cierta que se alzaba en Córdoba,

(1) El primero que oprimió á los Cristianos de Córdoba con exacciones fué Alahor, tercero que gobernó á España en nombre del Califa de Oriente desde 715 hasta 719. De éste afirma el arzobispo D. Rodrigo en su *Historia de los Árâbes*, que los Moros habían quitado algunos bienes á los Cristianos en tiempo de paz, y que Alahor se los volvió para sacar de ellos tributos. Á los mismos Sarracenos que habían entrado en España con la primera conquista, los encarcelaba y atormentaba para que declarasen los tesoros que habían escondido. Su sucesor Zama formó padrón de todo lo que se debía tributar, haciendo partes de los bienes que poseían los Moros sin división ni señalamiento: en cuya conformidad distribuyó por suerte las posesiones, aplicando unas á los soldados y otras al fisco. Á los Cristianos de las ciudades conquistadas por fuerza los gravó en la quinta parte, y á los que no opusieron resistencia les señaló la

ominoso á la ley de Cristo, un nuevo imperio cuyo formidable crecimiento se palpaba, cuya dominación se temía: no empezaba amenazando, por lo mismo era más imponente; no revelaba todos sus instintos, pero estos se presentían. Los más doctos y perspicaces veían, aunque lejana, cernerse ya sobre la iglesia de la Bética la hosca nube de una persecución sangrienta; mas la generalidad gozaba de la presente tolerancia; no era pues el miedo por entonces motivo para ceder al capricho del intruso soberano, el cual, si bien significaría su deseo con el tono propio del dominador cuando se dirige al dominado, había resuelto por lo visto no hacer uso de la fuerza en esta ocasión. ¡Y sin embargo el templo fué vendido (1).

décima, según refiere D. Rodrigo. *Ambiza* duplicó los tributos de los Cristianos, aumentando también el fisco con los bienes de los Judíos, como expresa el Pacense en el número 53 de la edición del P. Flórez. *Yahia* siguió los pasos de *Alahor*, pues según el mismo autor (núm. 54), precisó á los Moros á que restituyesen á los Cristianos muchos bienes que les habían quitado en tiempo de paz. Los sucesores vivieron en casi continua guerra hasta que eligieron á Jusuf, el cual mandó hacer nuevo padrón, borrando de la lista de los tributos á los Cristianos ya difuntos, pues en el tributo personal que bajo su antecesor Toaba satisfacían, estaban tan oprimidos, que, como de Diocleciano y Maximiano escribe Lactancio, obligaban á los vivos á que le pagasen por los muertos.

Por estas noticias, que sumariamente extractamos de los historiadores Flórez y Bravo, podrá formarse el lector una ligera idea de la esclavitud en que vivían antes de Abde-r-rahmán I los miserables Cristianos de Córdoba bajo el solo concepto de las capitaciones y tributos. Pero nos resta añadir algo acerca del medio practicado para la cobranza de los tributos ordinarios bajo los Califas, que era probablemente el que se seguía en la época á que se refiere nuestra narración. «El modo de las contribuciones, dice el citado Flórez (Esp. Sagr., trat. 33, cap. 7), no era repartiendo el tributo por familias, sino exigiéndole á las mismas personas cuando los ministros las encontraban en público: de suerte que uno no pagaba por otro, sino cada uno por sí, y esto en caso de manifestarse, pues mientras se mantuviese recogido en casa, no le hacían extorsión, según prueba el libro de *Habitu Clericorum*, escrito por el presbítero Leovigildo, para instruir á los clérigos que no salían al público por enfermedad, ó por el tributo que en cada mes pagaban los Cristianos: *Ut qui ex nobis ad remanentes Doctores imbecillitate corporis præpediente dirigere gressus nequiverit, aut quem inquisitio vel census, vel vectigalis, quod omni lunari mense pro Christi nomine solvere cogimur, retinuerit; saltim nocturno tempore qui necessarium duxerit legat, etc.* Esta reclusión por librarse de los tributos prueba que sólo los pagaban cuando salían al público, libres de toda extorsión si la enfermedad ó la pobreza los obligaba á mantenerse ocultos.»

De los tributos extraordinarios impuestos á los infelices Cristianos en tiempo de la persecución sarracena, se hablará más adelante.

(1) Es muy de notar que ninguno de los historiadores cristianos, entre los